

RIESCO ALVAREZ, HIPOLITO-B., *Elementos líticos y arbóreos en la Religión Romana*, Universidad de León, León 1993, 401 pp.

Manuel-Antonio Marcos Casquero

Tengo el honor de presentar al lector una publicación resultado de un minucioso trabajo que Hipólito-B. Riesco Alvarez elaboró hace algún tiempo para la obtención de su Título de Doctor en Filología Clásica. El hecho de que aquella tesis doctoral recibiera el curso 1991-1992 el premio Extraordinario de Doctorado de la Universidad de León, y así mismo el Premio Nacional de Tesis de Latín otorgado por la Sociedad Española de Estudios Clásicos en 1993, debe ser considerado de entrada el aval de que nos hallamos ante una obra de carácter excepcional.

Hipólito-B. Riesco, autor también de numerosos trabajos sobre religión romana y de obras más extensas como la edición castellana del *Lapidario* de Plinio el Viejo -en colaboración con Avelino Domínguez García- y otra del *Fasciculus Temporum*, de W. Rolewinck- en la que participó también el autor de la presente reseña- lleva a cabo en este volumen un ambicioso y riguroso estudio de algunos de los rasgos de la religión romana más arcaicos y llamativos, que, sin embargo, supieron resistir a los avatares históricos y al paso del tiempo hasta épocas muy tardías, hasta que el cristianismo acabó aniquilando los rasgos más paganos de la religión de la vieja Roma. Como bien defiende el autor, tanto la presencia de las piedras como la de los árboles dentro del entramado religioso de cualquier cultura es siempre el resultado de una forma de vida desarrollada siempre en contacto con la naturaleza, lo cual, en el caso de la religión romana, nos retrotrae a los propios orígenes de la Urbe, o quizás incluso a sus ancestros indoeuropeos, es decir, a una época arcaica, aquella en la que debemos buscar la génesis del pensamiento religioso.

Esta convicción, que lejos de ser nada novedosa puede contar ya con un siglo de historia, llevó a numerosos estudiosos a comparar algunos rasgos culturales de la religión romana con otros descubiertos en civilizaciones exóticas atrasadas de los pueblos conocidos como 'primitivos' y, consecuentemente, se llegó a dar explicación a los primeros basándose en observaciones extraídas de las segundas. Teorías como el manaísmo, el animismo, el dinamismo y el totemismo fueron así aplicadas al estudio de la religión romana, y Roma se vio poblada por magos, númenes, espíritus y símbolos totémicos.

Como bien reconoce el autor de la obra en su introducción (pp. 15-25), fue una vez más G. Dumézil, con su estudio comparativo de la religión indoeuropea, quien dio al traste con todas esas teorías, proponiendo desenterrar el concepto de simbolismo y comprobar si una infinidad de

objetos tanto naturales como artificiales considerados hasta entonces como dioses o como residencia de diversos espíritus no eran en realidad más que puros símbolos de las mismas. G.Dumézil analizaba el caso concreto de las *hastae Martis* de la Regia; Hipólito-B. Riesco Alvarez, partiendo de esas bases ya expuestas, lleva a cabo un detallado análisis de la teoría, aplicándola en lo que atañe a piedras y árboles.

A partir de aquí, y para llevar a cabo su estudio, el autor divide la obra en dos grandes apartados: *Las piedras* (pp. 29-164) y *Los árboles* (pp. 165-342), introduciendo en ambas una doble subdivisión: una primera parte en la que, tras sentar las bases del análisis, se ofrecen las ideas en que se apoya, y se realiza un estudio -unas veces detallado, otras no tanto- de las distintas manifestaciones culturales en las que piedras y árboles están presentes en las más diversas religiones de todo el mundo, aunque prestando especial atención al continente europeo y, más concretamente, a la Península Ibérica, y al mundo antiguo. Así, aunque vemos a menudo referencias a diversas islas del Pacífico, a las tribus de Australia o a antiguas costumbres de las Islas Británicas, sin embargo, las noticias procedentes de la Biblia, de Grecia y de España reciben siempre un tratamiento muy especial, con lo cual se nos ofrece una visión detallada, por ejemplo, de la piedra de Bethel, del Arbol de la Vida del Paraíso, de la tradición simbólica de la palmera, del *omphalós*, del montón de piedras de la Cruz de Fierro, de las fiestas que en primavera o verano se celebraban y aún celebran en toda Europa en torno al 'Arbol mayo' y al 'Arbol de verano'. En fin, se nos habla de los megalitos, de los meteoritos, de las piedras de rayo, de las piedras que favorecen la fertilidad, de las piedras curativas, apotropaicas, oraculares, etc., al igual que del Arbol Cósmico, del Arbol de la Vida, de los árboles que favorecen la fertilidad, los árboles curativos, apotropaicos, oraculares, etc.

Pero, como el título de la obra indica, la atención del autor se centra principalmente en el estudio de los hechos romanos, y concretamente del *lapis silex* (pp. 77-106), el *lapis manalis* (pp. 106-118), *Terminus* y los *termini* (pp. 118-152), el culto de la *Magna Mater* en Roma (pp. 152-164), por lo que respecta a la primera parte de la obra; y de la higuera (pp. 211-241), el roble (pp. 241-257), la rama dorada (pp. 257-288), el mirto (pp. 289-306), el laurel (pp. 306-320), el cornejo (pp. 321-332), y, en apéndice, los bosques sagrados (pp. 332-342) por lo que atañe a la segunda parte del libro que comentamos.

Las conclusiones a las que llega el autor, expuestas primero en cada uno de los capítulos, y después agrupadas en las conclusiones generales (pp. 343-354), son las siguientes:

La naturaleza lítica, su permanencia y su eternidad sugirieron al hombre antiguo la idea de lo eterno, de la forma de ser que podía traspasar

la barrera de las generaciones humanas y que, por lo tanto, encerraba en sí misma los secretos del pasado y el recuerdo de los antepasados y de sus actos.

En el mundo romano, el *lapis silix*, una piedra de sílice usada en arcaicas ceremonias de tratados y juramentos, entró en la religión por ser utilizado como instrumento sacrificial en el transcurso de un acto en el que se ponía a Júpiter por testigo de una *exsecratio*; a su vez, existía entre los romanos un juramento propio de personas de cierto rango, en el que había también una *exsecratio* de la que se ponía a Júpiter por testigo; la semejanza entre ambos actos hizo que la piedra del tratado internacional entrase en este juramento privado en el que se la utilizaba como piedra arrojadiza. Esta piedra -siempre según H.B. Riesco- era un símbolo de Júpiter, y quizás de Júpiter Feretrio, faceta con la que se había visto asociada gracias a una falsa etimología de *Feretrius* < *ferire*.

Más problemático parece ser el *lapis manalis*, una piedra de la que -tras rechazar las teorías de diversos estudiosos-, el autor defiende que sólo sabemos que se guardaba al lado de la puerta Capena y que participaba en procesiones religiosas de petición de lluvias. Las especulaciones de los modernos sobre su forma de jarra o de rueda, su posible relación con Júpiter Elicio, etc., parecen ser puras hipótesis basadas sólo en observaciones de las culturas más dispares, pero en ningún caso relacionadas con las romanas. Quizás otro *lapis manalis* servía para tapar el *mundus*, pero ésta no habría sido utilizada jamás en peticiones de lluvia, tal como pretendían diversos estudiosos alejándose de los datos romanos y partiendo de comparaciones con algunas culturas exóticas en las que, al parecer, los espíritus de los muertos podían influir en la lluvia.

Los mojones, por su parte, recibieron en Roma tal importancia religiosa que su creación fue atribuida a dioses y a reyes, a la vez que de su nombre, *terminus*, surgió un dios que se ocupaba de velar por su integridad. Su altar se encontraba en la cima del Capitolio, en el Centro del Mundo, y todos los mojones eran sagrados porque eran símbolos del dios. En este contexto, las *Terminalia* públicas unían a los propietarios de todas las tierras en una fiesta 'nacional', cuya finalidad era asegurar la paz entre los linderos y eliminar los posibles delitos que los propietarios de las tierras hubieran podido cometer contra los mojones.

Y, finalmente, en este primer apartado, dedicado a las piedras, se da un ligero repaso a la significación que tuvo en Roma el culto de la diosa Cibeles, centrándose especialmente en el símbolo que la representaba, la piedra negra, y en el posible pedernal con el que sus sacerdotes se cercenaban sus partes genitales con motivo de la celebración de su fiesta. Parece quedar claro que, en este caso, sólo los frigios creyeron que la piedra se identificaba con la diosa, mientras los romanos la consideraron como su símbolo e imagen. El uso de un cuchillo de piedra en una ceremonia

religiosa se explica como fruto del conservadurismo religioso y como muestra del arcaísmo del culto de la *Magna Mater*.

Más numerosos que las piedras fueron en Roma los árboles que se vieron introducidos en la religión estatal y en las leyendas heroicas.

Por su savia lechosa y por las tuberosidades de su corteza, una higuera pudo convertirse en *ficus Ruminalis*, es decir, en la higuera de la crianza en general, lo cual posibilitó su entrada en la leyenda de Rómulo y Remo. Convertida en «madre» de los fundadores, pasó a ser el Arbol de la Vida de todo el Imperio. Ahora bien, de acuerdo con algunos autores antiguos, podrían haber existido en Roma dos higueras conocidas con este mismo nombre, una en el Palatino y otra en el Foro; de ellas parece que sólo la última era la original y real, siendo la primera un puro invento de la leyenda, tras entrar en ella la loba y ser asociada ésta con el Lupercal, a la vez que el Cermalo sugería la palabra *germanus*.

Otra higuera, un *caprificus* o higuera salvaje, formaba parte del ritual de las Nonas Caprotinas, el día 7 de julio, una fiesta carnavalesca en la que, en un proceso sustitutorio, las esclavas participaban con los atuendos de las mujeres libres para conseguir la fertilidad de sus amas por medio de un ritual obsceno y una flagelación -residuo de la penetración original por un macho cabrío-.

Por su gran tamaño, resistencia y larga vida, el roble, el rey del bosque mediterráneo, fue asociado con Júpiter, por lo cual el árbol podía servir de altar de este dios en la propia Roma, o como símbolo del mismo fuera del territorio romano. También en época histórica la corona cívica estaba dedicada a Júpiter, precisamente porque era elaborada con hojas de roble; el cambio de las hojas de encina por las del roble debe ser justificado partiendo de la semejanza de las primeras con las del laurel, lo cual podría llevar a la confusión de la corona cívica con la propia del desfile triunfal.

Problemas especiales parece plantear el estudio de la rama dorada, debido sobre todo a la popularidad de la obra de J.G. Frazer del mismo título y en la que el autor elabora un cúmulo de hipótesis hoy día difíciles de defender. Rama dorada propiamente dicha sólo lo fue la de la *Eneida*, mientras que su identificación por parte de Servio con la de Nemi ha de ser fruto de especulaciones tardías. La de la *Eneida*, similar al muérdago, era el símbolo de que Eneas era el elegido por los dioses para descender al infierno y su luminosidad indica que el héroe está a punto de conseguir la Revelación; detrás de todo ello puede haber una alusión velada a los misterios de Eleusis o pudo ser simplemente una invención del autor de la *Eneida*.

La cualidad de ser un arbusto aromático y siempreverde favoreció la relación del mirto con Venus en cualquiera de sus facetas. Diosa ella del amor, el mirto fue el símbolo de los enamorados, a la vez que la Venus *Victrix*

convirtió el arbusto en una planta apropiada para la elaboración de la corona *ovalis*. Símbolo de Venus, se vio alejado de los rituales de la Bona Dea, diosa de la virginidad, al mismo tiempo que podía convertirse en Arbol de la Vida y símbolo de las dos clases sociales romanas, cuya agrupación estaba garantizada al lado del templo de Quirino.

La relación del laurel con Apolo y su utilización en concursos artísticos y atléticos fueron la base de la introducción de la planta en Roma como símbolo del triunfo guerrero, de donde extrajo su valor como símbolo de todo tipo de victoria y de la alegría. Pero también el laurel era un árbol de hoja perenne y la dinastía Julio-Claudia, estrechamente ligada a Apolo desde Augusto, lo adoptó como Arbol de la Vida.

También un cornejo que crecía sobre el Aventino se convirtió en un Arbol de la Vida romano porque había nacido allí precisamente en la época de los orígenes, de una lanza arrojada por Rómulo. La leyenda había introducido la lanza porque la madera del cornejo macho era utilizada para la fabricación de armas arrojadizas y una lanza de cornejo era utilizada en las declaraciones de guerra como símbolo inequívoco de que la guerra había comenzado.

Los bosques fueron sagrados en toda la religión indoeuropea. El misterio de su recogimiento los convirtió en templos de las divinidades más dispares, e incluso a veces se los debió considerar simplemente como lugares sagrados, sin necesidad de reconocerlos como propiedad de ninguna divinidad concreta. El crecimiento de las ciudades hizo que fueran desapareciendo ante la invasión humana, hasta que todos los bosques fueron dedicados a Fauno, Silvano y Diana.

En fin, estamos ante un trabajo científico y serio, que parte de un profundo análisis tanto de los textos greco-latinos como de la bibliografía moderna más diversa y abundante. En general, el autor se atiene a las informaciones extraídas de los autores antiguos, y rechaza todas las hipótesis aventuradas que arriesgaron multitud de estudiosos que llevaron el comparativismo religioso hasta límites insospechados; el *lapis manalis*, la fiesta de las Nonas Caprotinas y la Rama Dorada son buen ejemplo del acertado juicio crítico que muestra el autor.

En muy pocas ocasiones se aventura una hipótesis que no esté apoyada por el análisis filológico, y cuando esto ocurre se deja muy claro que es sólo una posibilidad entre otras muchas, una teoría sólo demostrable con nuevos hallazgos. Queda claro, en fin, que los romanos fueron sólo indoeuropeos, y que nunca tuvieron nada que ver ni con los hotentotes ni con los zulúes ni con otra multitud de culturas que algunos se atrevieron a comparar con la romana a fin de conseguir esclarecer hechos religiosos romanos semejantes a primera vista a otros que sí parecían evidentes en esas culturas, casi siempre alejadas y conocidas en occidente sólo a partir

del siglo XIX.

En fin, quizás echamos de menos un apartado dedicado al análisis general del simbolismo religioso, ya que parece claro que los objetos estudiados son en su mayoría y de una forma u otra símbolos de distintos dioses o distintos conceptos religiosos, y también nos gustaría contar con varios índices que no existen en la obra: uno de lugares de autores antiguos citados, otro de los conceptos analizados, y quizás otro índice geográfico, que tanto podrían ayudar al lector de la obra. La ausencia, no obstante, de estos últimos apartados, de carácter más técnico que científico, no empaña en absoluto la seriedad y validez de este magnífico estudio que nos ofrece el Secretariado de Publicaciones de la Universidad de León, al que le damos, una vez más, nuestra enhorabuena por la rigurosidad y buen quehacer en sus publicaciones.